

EL REVULSIVO SOCIAL ANTE LAS CRISIS

Alguna lección de la Historia

Las sociedades abotargadas y en crisis necesitan de revulsivos. De un factor que las agite y ayude a creer en sí mismas para acometer los retos que necesariamente, pronto o tarde, deben acometer.

Aprender de lecciones de nuestra Historia occidental en situaciones de crisis, es una forma de afrontar las nuevas situaciones difíciles que hemos de superar. Lejos de dejarnos acogotar por la cruda realidad, debemos mostrarnos hostiles con ella y tozudos para modificarla. Porque solo así emergen nuestras mayores energías y el orgullo de sentirnos protagonistas de un futuro al que tenemos derecho.

Los albores de la Segunda Guerra Mundial y el modo en que reaccionaron algunas sociedades, alentadas por quienes se pusieron al frente de ellas para conseguir su revitalización son una lección de la que extraer conclusiones.

Cuando contra las opiniones de quienes promovían el entreguismo, sugiriendo propuestas para tratar de conseguir un acuerdo de paz digno con la Alemania de Hitler, Winston Spencer Churchill se empeñó en combatir, lo hizo argumentando en el parlamento que: "... las naciones que perdían combatiendo volvían a resurgir, pero las que se rendían sumisamente estaban acabadas..."

Y cuando por las mismas fechas el general De Gaulle decidió exilarse en Gran Bretaña y desde allí iniciar el movimiento Francia Libre, algunos se preguntaron cómo existiendo un gobierno legítimo en París, el del mariscal Petain, iban a encontrar un concepto argumental para sostener y dotar de legitimidad a aquel movimiento embrionario y en calidad de qué; De Gaulle, firme, contundente y con magnificencia francesa respondió: "Nosotros somos Francia. Los derrotados son aquellos que agitan la derrota".

La sociedad como energía.

Soy un convencido de que el espíritu sobrevive a las organizaciones. Es un combustible intangible que puede quedar embolsado en soterramientos tras los impactos de las duras vicisitudes, pero permanece latente e los corazones de las personas. Disperso y casi unánime a la espera de ser reflatado.

Pues bien, aprender de otras culturas no significa importarlas en lo que sería una mala imitación, sino repensar conclusiones hasta conseguir integrarlas en nuestro propio modelo mejorándolo y personalizándolo con nuestras propias convicciones.

El derrotista puede tener razones objetivas de peso pero no cuenta con lo que el esfuerzo de una nación energizada y orientada con coraje, inteligencia, generosidad y ejemplo puede llegar a superar.

El relanzamiento de una sociedad abotargada y hasta acobardada requiere, además de revulsivos, de un objetivo por el que las personas sientan que merece la pena luchar y publicitarles aquellos golpes de suerte y /o éxito que las enorgullezcan con los que afrontarlos. Aunque sean medidas defensivas. Porque hasta los reveses, cuando se gestionan con inteligencia, ayudan a desatar el coraje y a revitalizarnos haciéndonos rebotar desde el más profundo de los abismos.

La gestión de la energía espiritual de las organizaciones y de los seres humanos es lo que ha hecho grandes a las naciones. Las soluciones no pueden encontrarse sólo en procesos ni en tecnologías sino que estas han de ser unas herramientas que sirvan de combustible a la energía y el aliento de las personas. Además, la superación de los momentos difíciles debe de afrontarse desde una visión de Estado, con generosidad y ejemplo. ¡Con dirigentes que se sitúen al frente! Con magnificencia y el horizonte puesto en el futuro como derecho de las generaciones venideras, superando las raquílicas visiones partidistas. Las sociedades saben muy bien el tipo de liderazgo que precisan para hacerlas resurgir. ¡Alguien de contagiosa y persistente energía y fe!

Ese liderazgo se ha de enfrentar con quienes incluso desde su buena fe, pero aprisionados por la contundencia de la realidad, no son capaces de mirar más allá sino que se acogotan e incluso, lejos de escuchar a quienes tratan de reactivar energías, los miran y critican como ilusos. No son capaces de ver en las dificultades la existencia del momento histórico que viven sino que hacen muestras de desprecio y burla de quien exalta la vitalidad y la reacción.

A veces en la Historia hay voces que claman en la soledad sin llegar a ser ni escuchadas ni comprendidas. Únicamente con el paso de los años, la evolución de los acontecimientos les da la razón. ¡Más vale tarde que nunca! Pero si se les hubiera atendido y dejado actuar antes, muchas vidas habrían podido salvarse y muchos sufrimientos evitarse.

Un día, afeitándose según la anécdota que nos ha dejado contada Randolph Churchill, el hijo de Winston, el férreo Primer Ministro descubrió una vía para salir de la delicada situación en que se encontraba su pueblo. “Haré, a la fuerza, que los Estados Unidos entren en esta contienda”; le dijo. Este hecho aconteció el 18 de Mayo del dramático año de 1940 en el Admiral House de Londres.

Aquella parecía una misión imposible. Una encuesta de Gallup había revelado que la inmensa mayoría de los estadounidenses, en proporción de trece a uno, se oponían a la participación de su país en el conflicto bélico europeo. Había muchos que se cargaban de razones para no poner fácil la movilización del pueblo americano. El Philadelphia Inquirer por ejemplo publicaba lo siguiente de su corresponsal Herbert Jones: “La inmensa mayoría de los americanos no es aislacionista ni pacifista sino que, tras la experiencia de la última guerra y del Tratado de Versalles, no tiene el menor deseo de sacarle a Gran Bretaña las castañas del fuego bajo el slogan:” ¡Salvemos al mundo en aras de la democracia!”. Piensan con razón, que poco se puede ganar ofreciendo nuestro dinero y las vidas de nuestros jóvenes para defender la causa del opresor de los judíos y los checos o la del opresor de los irlandeses y de la India”.

Hasta diciembre de 1941, con la justificación del ataque japonés a Pearl Harbour; Winston Churchill se empeñó en solidificar una alianza imprescindible para la Gran Bretaña, con el presidente Roosevelt que tenía las manos atadas por la opinión pública y el Congreso. Las posiciones acomodadas de quienes pensaban: ¿Qué ganamos con eso? ¡Dejemos que cada uno resuelva sus problemas y concentrémonos en llevar a cabo nuestra vida en paz, comodidad y progreso!; aletargaban su espíritu y permitían que otros avanzaran en su política de hechos consumados. Las alianzas iniciales de avituallamiento y créditos, soterrados primero y mas visual después fueron los movimientos que la

administración Roosevelt llevó a cabo para mantenerse “al filo de la navaja” y evitar una declaración de guerra.

Durante todo ese tiempo las actividades para la construcción de la alianza necesaria fueron frenéticas y no exentas de altibajos. Como muchas veces en la vida, las soluciones requerían “salirse del raquitismo visual de nuestro mundo” y mirar hacia fuera con persistencia para encontrar salidas y superar las cimas que aparecían como insuperables en principio. Pero sin energía ni paciente empeñamiento jamás se hubiera podido lograr. La lucha frente al acomodamiento interno era la prioridad. El acomodamiento vegetal, el principal enemigo. La fe en la capacidad energética, el sacrificio y el espíritu de las personas de una sociedad el único aliado firme. Un combustible intangible pero feroz e inagotable.

¿De dónde extraer toda esa energía ante tales situaciones es la pregunta? La firmeza surge de la convicción moral mas profunda porque ahí se genera el mayor de los orgullos. “Debemos regocijarnos ante las responsabilidades con las que el destino nos ha honrado, y sentirnos orgullosos de ser los guardianes de nuestro país en una época en la que está en juego nuestra supervivencia”. Esas palabras de Winston Churchill en 1933 dejan constancia del origen de su arriesgada y testaruda vitalidad.

Pero Churchill hubo además de aprender a contenerse a sí mismo en aras a lograr el objetivo supremo que perseguía. Se vio obligado a tragar “sapos y culebras”. Mientras que muchos de sus compatriotas contemporáneos manifestaban imprudentemente un profundo rencor hacia los Estados Unidos, país al que consideraban estúpido y autocomplaciente, Churchill se propuso cortejar a aquel Presidente Roosevelt con tal de conseguir su apoyo práctico y la entrada en la guerra. El Primer Ministro no solía tratar con deferencia más que al rey y al jefe de su familia el Duque de Marlborough. Sin embargo en 1941 hizo gala de todo tipo de deferencias con los americanos y sobre todo con su presidente, sabiendo subordinar el orgullo a la necesidad. Y se mantuvo así, en contra de un ambiente generalizado de rechazo entre sus compatriotas a los que los americanos exasperaban. Valga el ejemplo de lo que un oficial británico escribía sobre el coronel William Donovan, amigo de Roosevelt: “Donovan... se muestra extremadamente amistoso con nosotros y es un tipo inteligente y agradable, además de buen conversador. Pero lo único que puedo pensar es que este abogado gordo y próspero, ciudadano de un país que no está en guerra y que no ha logrado siquiera ponerse a la altura del programa de ayudas aprobado, tenía una gran seguridad que le permitía establecer alegremente la pauta sobre lo que debíamos y no debíamos hacer nosotros y otras naciones civilizadas.

El 10 de Enero de 1941 Churchill recibió al señor Harry Hopkins, el mas importante de los enviados personales del presidente Roosevelt. Fue en un pequeño comedor del 10 de Downing Street pues el edificio había sido seriamente dañado por los bombardeos. El ilustre invitado inició la conversación con franqueza directa diciendo que “... en algunos ambientes se tenía la sensación de que a él (El Primer Ministro) no le gustaban ni América ni los americanos ni Roosevelt...”. Churchill se quejó de que aquello era una farsa y prometió que sería completamente sincero hasta el extremo de que no se volvería hasta que no quedara completamente satisfecho y verificara con comprobaciones el “estado real de penuria de Inglaterra y la autentica necesidad de ayuda material para poder ganar la guerra. A continuación desplegó todos sus poderes de seducción para hechizar a su huésped, y lo logró con un éxito sin paliativos. La reunión frente a frente duró tres provechosas horas.

Hay varias formas de entender y actuar la realidad cuando se muestra con su mayor crudeza. Someterse a ella siguiendo la política del avestruz de no querer conocerla ni reconocerla y simplemente actuar con pasividad esperando a que “las actuaciones de otros” vayan aclarando la situación para volver a salir cuando escampe. Es la reacción pasiva. Consolarse restregándose entre las

culpas, los culpables y el derrotismo que vislumbra la situación como insuperable y ve en los recortes la única fórmula de supervivencia. Es la reacción negativa. Frente a esas políticas de “enanos entreguistas y apoltronados” que se refocilan entre las peleas y los reproches, queda la opción de quienes evalúan la grave situación como el reconocimiento de una responsabilidad personal y social ante sí mismos y su entorno organizacional. La de quienes creen en la capacidad energética de los hombres y mujeres deseosos de luchar por sí mismos, por sus familias y por la sociedad que aspiran dejar a sus sucesores.

Dirección y responsabilidad ante las crisis.

Las crisis son también una forma de vida. Periodos con situaciones ingratas que es preciso afrontar. Retos que nosotros mismos nos hemos construido. La verdadera prueba de fuego para directivos y dirigentes.

Las crisis son etapas de baja energía. De energía soterrada. Pero la energía no desaparece; tan solo se diluye o soterra. Se embolsa acobardada a la espera de vislumbrar oportunidades ante las que resurgir.



Directivos y dirigentes deben comprender que dirigir una organización es el mayor honor. Es tener la posibilidad de conseguir extraer lo mejor de ella misma y de las personas que la componen. Dirigir es gestionar energías. Sentirse orgulloso de la profesión, integrado en su organización, estar convencido que la Riqueza es superior al beneficio y que reside en las capacidades coordinadas de los equipos y las personas, no ceder a lo fácil y respetar a las personas; exigir y exigirse abandonando el confort de las prebendas. Porque dirigir no es un derecho sino un compromiso y la obligación de dar un ejemplo. Dirigir es tener la oportunidad, el valor y la capacidad de hacer “click” con las personas. De lograr ejercer la persuasión para conseguir su contribución. De conseguir que las mejores ideas fluyan. Es respetar para ser respetado. ¿Y puede sentirse respetado quien ocupa el cargo para obtener privilegios? ¿Quién manipula para satisfacer a sus superiores? ¿Quién, eludiendo su responsabilidad

mas profunda se oculta tras el encargo de obtener más y más beneficios? ¿Quién cede a convertirse en un “manostijeras” para maximizar resultados a costa de familias aún cuando los beneficios puedan ser “records” casi ofensivos? ¿Exigir más beneficios a costa de descapitalizar de humanismo la sociedad y promover mas ERES?

¿Qué generación de energía puede conseguir quien así actúa? ¿De qué capitalización humana dota a su organización? ¿Qué muestra ejemplarizante deja cuando uno se sonroja ante su propia conciencia por más que la cobardía se excuse tras las necesidades de mejorar ante los mercados y las agencias de rating?

El mayor daño de quienes ceden ante lo inmoral no es ya los perjuicios que causan sino el rastro ejemplarizante que dejan a las generaciones venideras de que esa forma de actuación es lícita y adecuada. Son muchos los que se verán reflejados y los que decidirán continuar actuando de ese modo, ajenos a sus conciencias.

Dirigir no es sólo “estar al frente” sino además acometer nuevos desafíos. Activar a las mayorías despistadas y hasta a las desimplicadas. Hacerlas comprender el mensaje que J. F. Kennedy lanzó a su nación: Antes que preguntarte ¿Qué es lo que mi país puede hacer por mí, debes concéntrate en qué puedo hacer yo por mi país? Porque un país asienta su fortaleza en las pequeñas contribuciones de muchos mas que en las grandes contribuciones de pocos.

Las crisis son la oportunidad de hacer salir nuestros mejores valores. La forja de los grandes hombres y mujeres. La responsabilidad de dar lo mejor de uno mismo para conseguir logros comunes. Es la oportunidad de construir un sueño. ¡Algo más justo, más consistente y mejor!

Es la actitud de quienes focalizan su coraje en la búsqueda de nuevas oportunidades. La de quienes saben que el progreso es consecuencia de la unión esforzada de las mayorías honestas, aunque a veces despistadas, dispuestas a trabajar con intensidad y a explorar nuevas formas de actividad buscando la unión y superando enfrentamientos. Es el momento para quienes creen en las personas y su capacidad de reaccionar. La de quienes lanzan mensajes ejemplarizantes en sus comportamientos, con honestidad. La de quienes controlan a los “fáciles manostijeras” que todo lo resuelven con visiones restrictivas o la de quienes cultivan el Talento Relacional Positivo y el liderazgo por Impulsión frente a los que buscan la oportunidad para desunir o saciar sus ánimos de venganza. Es el momento de que las masas honestas, prudentes y trabajadoras sean escuchadas y den una lección de rebeldía proactiva.

Las crisis precisan de generosidad y solidaridad para salir adelante. Es el momento de contribuir y ayudar a los congéneres de nuestro entorno. De administrar con cautela pero estimulando. Es el momento de aprender a ser felices en la honestidad, el rigor y el mayor celo en el trabajo. El de crear calma y ejemplaridad en el entorno.

Estamos viviendo un momento trascendental en la historia de nuestro país y debemos sentirnos orgullosos de ser quienes, con la cabeza bien alta, podamos enorgullecernos antes nuestros descendientes de que luchamos persistentemente y con furia para regenerarlo nuevamente. Las generaciones que ahora coincidimos en la convivencia tenemos una de las mayores responsabilidades de la historia y ese debe de ser nuestro mayor acicate.

Las naciones que no se entregan al desaliento salen más reforzadas y socialmente revitalizadas. ¡Pongamos nuestra mirada en el horizonte y empujemos con la firmeza de nuestra mejor raza!